

# «El prestigio»

Relato de  
Javier Úbeda Ibáñez



(Foto: tutallamodas.com)

Mario Soler siempre quiso ser actor. Solía decir a sus amigos y conocidos que desde que tenía uso de razón siempre le había encantado actuar, disfrazarse, interpretar, cantar, bailar o contar historias.

Su padre era un eminente cirujano sevillano, que se había ganado su prestigio por haber investigado y trabajado mucho en su campo, de hecho, vivía para su trabajo. Su abuelo también fue cirujano, y también lo había sido su tatarabuelo. La cosa parecía que le venía de

familia, generación tras generación, los Soler habían estudiado medicina. No se sabía si era el destino que había elegido o el que habían elegido para ellos sus familiares.

El padre de Mario Soler, el reputadísimo y afamado doctor Alfonso Soler, inculcó a su hijo el amor por la profesión de médico; pero erre que erre, el niño decía que quería ser actor.

El doctor Soler, de cincuenta y cinco años, cabello ensortijado de color ceniza, alto y corpulento, manos grandes pero delicadas y precisas —manos de cirujano con afición al piano—, ojos redondos, nariz chata y labios diminutos, siempre impecablemente vestido y muy correcto en todos y cada uno de sus ademanes y en su manera de hablar, solía perder la compostura ante la insistencia —cabezonería lo llamaba él— de su hijo, ante esa tontería que se le había metido en la cabeza de querer ser actor. Él no lo podía entender, teniéndolo todo como lo tenía; no podía permitir que rompiera una tradición de siglos. No lo pensaba consentir. Si era necesario, él mismo iría hasta la facultad a matricularlo o utilizaría sus contactos para que no admitieran a su hijo en la Escuela de Arte Dramático.

A la hora de la comida y de la cena, que era cuando padre e hijo se veían las caras, la conversación solía dar vueltas alrededor del mismo tema, y sobre todo en el último año de instituto, a puertas ya de la Universidad.

La mesa la presidía el doctor Soler y justo en la otra punta, su mujer, Elena, una santa, de cincuenta años, rostro aniñado y mirada serena, tenía mediana estatura, y cabellos que le llegaban casi por la cintura que siempre llevaba recogidos en un fino moño —se asemejaba a una madona italiana—. Ella apoyaba en silencio la decisión de su hijo, pero no se atrevía a decirlo en voz alta; le daba pena contradecir las ilusiones de su marido. En el fondo pensaba que la actitud de su esposo era egoísta, porque estaba decidiendo por su hijo sin tener en cuenta su opinión. Y ella como cualquier madre sólo quería su felicidad, y si él había decidido ser actor, tenía que seguir adelante; pero también sabía, porque conocía perfectamente a su

marido, que éste no iba a cambiar de parecer, y que iba a insistir hasta el agotamiento.

Al lado de Elena se sentaba su hijo Mario, un chico de diecisiete años, corpulento y alto como su progenitor, mirada chispeante, y la nariz y los labios de su santa madre: aniñados y serenos.

Y enfrente de Mario, la pequeña de la casa, Almudena, de diez años y carácter muy alegre. Sus negros y largos tirabuzones rozaban delicadamente la mesa. Ella no comía en casa, lo hacía en el comedor del colegio, pero sí que cenaba. Y era parte pasiva de las mismas y repetitivas conversaciones que se sucedían día tras día en casa de los Soler.

Tanto de la comida como de la cena se encargaba una chica correctamente ataviada con el uniforme típico del servicio doméstico: cofia negra y vestido blanco y negro, que servía la comida, primero a la señora Elena, luego al doctor Soler, y después a sus hijos, siempre por ese mismo orden.

Anita, la doncella, una muchacha de unos veinte años de edad, regordeta y dicharachera, de cabello castaño y mofletuda, asistía impertérrita mientras servía con esmero la comida al monólogo del doctor Alfonso, a las alegaciones de su hijo, a los silencios de doña Elena y a los resoplidos de fastidio de la pequeña de la casa.

—Mario, quítate esa idea de la cabeza. ¿Qué futuro te aguarda como actor?

—Y... ¿cómo médico?

—En mi consulta siempre tendrás trabajo.

—¿Cómo médico no vocacional?

—¡No digas más tonterías! ¡Cómo no vas a tener vocación de médico! Los Soler llevamos en la sangre la medicina; hemos conseguido hacernos una gran reputación. Personas del mundo entero solicitan nuestros servicios y vienen a nuestra clínica para que les atendamos. ¡Hemos creado escuela! ¿Cómo vas a renunciar a todo lo que tienes al alcance de tu mano?

—Porque he de hacer caso a mi vocación. Espero que me puedas entender algún día.

—No, lo siento, ni te entiendo ni te entenderé. ¿Qué va a decir la gente? «¡El hijo del doctor Soler es actor!»

—A mí eso me es indiferente. Es más, me importa un bledo.

—¡Pues no tiene que darte igual! Gracias a la gente estamos donde estamos.

—Papá, no voy a estudiar medicina te pongas como te pongas, a ver si lo entiendes de una vez.

—No puedes saltarte una tradición de siglos. Acabarás con nuestra historia por un capricho: si tu tatarabuelo levantara la cabeza se moriría de la vergüenza.

—O sea que, según tú, ¿tengo que estudiar medicina para continuar con la saga, no?

—No sólo por eso; los Soler somos sinónimo de éxito, ¿y qué fama te espera a ti como actor?

—Estudiaré, me esforzaré, pondré todo de mi parte, y será lo que tenga que ser.

—Se te pasará. Tienes idealizada la profesión de actor.

—¡No se me va a pasar, y lo sabes! Acéptalo, papá, cuanto antes. Pronto acabaré los exámenes finales y después me gustaría presentarme a las pruebas de acceso para la Escuela de Arte Dramático.

—Por favor, Mario, hazlo por mí y por tu familia.

—Yo sólo veo que me lo pidas tú.

—Elena —el doctor Alfonso Soler se lanzaba suplicante a los ojos de su mujer para que ella le corroborara—, ¿a que tú piensas de igual forma? Díselo a tu hijo.

Pero... Elena, la madre paciente y comprensiva, se quedaba callada, mientras miraba con misericordia el rostro enrojecido de su

marido, y le pedía perdón —también en silencio— a su hijo, por no salir en su defensa.

Agobiada, Elena, esperaba impaciente que una voz la rescatara de semejante situación de apuro. Y la voz llegaba.

—Tranquila mamá, no te preocupes.

—Pero Elena —insistía el doctor Alfonso—, díselo, dile que va a desperdiciar su vida.

—Papá, déjala tranquila; esto es entre tú y yo. No pienso estudiar medicina. Ya lo sabes.

—No lo pienso consentir. Seré la comidilla de la consulta, ¡y de toda Sevilla!

—Y... ¿qué vas a hacer?

—Hablaré con mi amigo Pascual; su hermano es íntimo amigo del director de la Escuela de Arte Dramático.

—¿Y...? Me podría ir a otra escuela a estudiar.

—No lo hagas, Mario. Te lo pido por favor.

Y con la llegada de los postres, parecía que la conversación se distendía. Almudena relataba su día de colegio con su habitual desparpajo. El doctor Soler, cabizbajo, intentaba sonreír las gracias de su pequeña. Mario, ausente, se limitaba a comer sin prestarle atención a nadie, y Elena, miraba a uno y a otro sin descanso, aunque con disimulo, pero sin descuidar a Almudena.

Y así un día tras otro siempre igual. El doctor Alfonso se propuso ganar la batalla, y lo acabó consiguiendo, a medias.

A Mario le apenaba la situación de su madre; él sabía perfectamente que ella lo apoyaba, y que se sentía dividida entre dos aguas, y no soportaba verla así; por ese motivo, accedió a presentarse a la selectividad y a estudiar un año de medicina.

—Me matricularé este año, y lo perderé, porque no valgo para médico, me suspenderán. Sólo quiero que, por fin, te des cuenta.

Mario sacó una excelente nota en el examen de selectividad, y no tuvo problemas para ingresar en la Facultad de Medicina. Dijo adiós momentáneamente a su carrera de actor para complacer a su padre. Pasó un año duro, repleto de altibajos; pero, a pesar de no haberse matriculado en la Escuela de Arte Dramático, tomó clases de canto, baile, solfeo, música e interpretación. Y no consintió que su padre se las pagara; él se buscó un trabajo para pagárselas.

El año que pasó en la Facultad se le hizo eterno. Le suspendieron todas las asignaturas. Su padre le recriminó que lo había hecho adrede, que se había dejado suspender. El doctor Soler no se daba por vencido.

Después de interminables y sufridas conversaciones, su padre acabó aceptando a regañadientes la decisión de su hijo. Mario se matriculó al año siguiente en la Escuela Superior de Arte Dramático; pasó las pruebas con sobresaliente.

Durante el tiempo que estuvo estudiando, fue considerado como uno de sus mejores alumnos. Con el título en la mano, y una mochila repleta de vivencias y ganas de dar lo mejor de sí, se trasladó hasta Madrid para empezar desde cero.

Trabajó de taquillero en un cine, de acomodador, repartió pizzas en moto y en bicicleta, de montador de escenarios (siempre se quedaba en las bambalinas observando a los actores) y en un sinfín más de trabajos. Cerca de cuatro años anduvo de casting en casting. Cada vez que iba a Sevilla su padre le repetía lo mismo:

—Ya habrías acabado la carrera de medicina, ahora estarías tranquilamente trabajando en nuestra clínica, y no te faltaría ni dinero ni prestigio. ¡Hay que ver qué ganas tienes de complicarte la vida!

Mario guardaba silencio, aunque por dentro estaba que echaba chispas.

Una productora norteamericana iba a rodar una película en Madrid y necesitaban actores españoles. Mario se presentó al casting. Le dieron uno de los papeles principales. La película, que se estrenó

en Nueva York al año siguiente, fue un éxito de crítica y público. Y a partir de ese momento, Mario subió como la espuma.

Han pasado veinte años y Mario Soler es uno de los actores más famosos del mundo. Hizo bien su trabajo durante años, y obtuvo su recompensa. Cuando estuvo en lo más alto se acordó de todos los que le habían ayudado cuando él comenzaba. Jamás le hizo un reproche a su padre, ni le echó en cara el año que perdió estudiando medicina.



(Foto: lonelyplanet.es)

Mario se casó con Estela, una bellísima cirujana estadounidense. Viven en los Ángeles y tienen tres hijos. Uno de ellos, Ramón, dice que de mayor quiere ser médico. Y le encanta jugar a operar. Mario le anima todos los días para que llame por teléfono a su abuelo y le cuente lo que quiere ser de mayor.

El abuelo, el jubilado doctor Alfonso Soler, está contento porque la tradición de los Soler tendrá continuidad.

